

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.=Bibliografía, por D. Francisco Flores Arenas.=Teatros, por D. Francisco Flores Arenas.=Alarcon, por D. Eugenio de Eguilaz.=La reina sin nombre, por D. Juan. Eugenio Hartzenbusch.=Geroglífico.

BIBLIOGRAFIA.

Historia de Cádiz y su provincia, escrita por D. Adolfo de Castro.

Se ha publicado la primera parte de esta obra, la cual comprende desde los tiempos mas remotos hasta el año de 1814. Consta de 819 páginas de impresion bellísima, y está ilustrada con un plano de esta ciudad en 1609 copiado del que existe en el archivo de Simancas, y de seis grandes láminas donde se representa un crecidísimo número de medallas gaditanas, muchas de ellas inéditas.

La publicacion de este libro era hasta cierto punto el cumplimiento de un compromiso creado en 1845. Entonces el Sr. Castro publicó una *Historia de Cádiz*, indicio no mas de lo que podía hacer y anuncio de lo que era llamado á ejecutar. Fué un mero ensayo de sus fuerzas en el difícil género histórico, y como ensayo, tímido y vacilante. Era poco para la importancia de Cádiz; era poco tambien para la gloria del autor. Sobre un buen cimiento habíase levantado un edificio insuficiente: el cimiento debía quedar para que sobre él se edificase de nuevo una mayor y mas perfecta obra.

Desde entonces esto estaba en la conviccion íntima de todos, y mas que en la de otros en la del Sr. Castro; pero ni la atención que le fué forzoso consagrar á la multitud de tareas literarias por él emprendidas, ni los cuidados inherentes á los diversos cargos públicos que ha desempeñado de algunos años acá, le han

permitido dedicarse con la asiduidad que ha menester empresa tan árdua á la coordinacion de tantos y tan diversos materiales, dificultísimos de adquirir los mas de ellos, como exige la historia de una provincia que, cual la nuestra, ha visto mas de una vez las vicisitudes de la España entera pendientes de sus propias vicisitudes, arrastrando á aquella en sus desgracias como ensalzándola en sus glorias.

Un conjunto feliz de circunstancias hacia que el señor Castro fuese quizá quien con mayor probabilidad de acierto pudiese acometer tamaña empresa. Su vasta y escogida erudicion, su diligencia suma, la índole de sus estudios favoritos, la rectitud de sus apreciaciones, y su independencia en la manera de juzgar los hombres y los hechos, se aunaban á la mayor facilidad que para inquirir datos le ofrecian los importantes cargos que habia desempeñado. La *Historia de Cádiz* en su pluma debía y podia ser una obra de interés para el presente, una obra digna de la posteridad. El éxito no ha desmentido tales esperanzas. Cádiz y su provincia tienen ya una historia de que pueden enorgullecerse.

No ha faltado quien tache la obra del Sr. Castro de escesiva pompa en el estilo. Tenemos por infundada semejante tacha. Las simples narraciones fastidian al lector, porque la lectura toma entonces el carácter único y exclusivo del estudio, y llevan á ella toda la aridez didáctica. Las galas de la locucion, las flores del decir, por el contrario cautivan el ánimo y hacen ameno lo grave del asunto. La instruccion se hace amable cuando se envuelve en la belleza de las formas, y los escritos serios y de doctrina se aceptan con placer cuando se revisten con el traje exterior de un mero pasatiempo. Téngase presente que una historia particular no está destinada á las aulas, sino á andar en las manos de todos. En el modo de escribirse está pues el secreto de su popularidad.

El Sr. Castro se propuso no llegar mas que hasta el año de 1814, y en efecto, eso es lo que comprende la primera parte ya publicada. Movióle á hacerlo la estendida opinion que sus- tenta no se debe escribir de sucesos contemporáneos, porque les falta aquella madurez que han menester para ser apreciados por el historiador sin que en ello influyan las pasiones, frecuentemente hijas de circunstancias de actualidad ó de simpatías personales.

Nosotros no profesamos esta opinion, y en apoyo de la nuestra podríamos presentar ilustres ejemplos, como Cantú en la historia universal, y en las particulares los mas, como Hurtado de Mendoza. Véanse los fundamentos sobre los que establecemos nuestro distinto modo de ver.

¿De dónde saca un historiador de hoy sus materiales para escribir una historia de ayer? De documentos y de escritos de la época que va á describir. Esto es innegable. Ahora bien, si en documentos se funda, ellos hablan lo mismo hoy que mañana, con la diferencia de que mañana será mucho mas difícil que hoy su hallazgo y coordinacion. Si en escritos, como es lo natural y comun, claro es que el historiador habrá de juzgar bajo la fé del que entonces los escribió, y ha de ver, no por sus ojos, sino por los agenos; y ó bien ha de hacerse eco de sus apreciaciones, ó bien si se aparta de ellas ha de inventar hechos ó ha de explicarlos segun su capricho, puesto que otra guía no tiene. La imparcialidad, pues, de hoy, ha de fundarse sobre la imparcialidad de ayer. Si el contemporáneo fué imparcial, lo será el que tras él escriba; si nó, la posteridad se verá perdida en un laberinto de opiniones; laberinto en el que la crítica mas sagaz raras veces puede hallar el hilo. Exíjase en buen hora del historiador que sea imparcial respecto á lo que él mismo ha visto, pues tal es su deber, pero no se le prive de que escriba, porque si todos lo hiciesen, ¿cómo llegarían los acaecimientos á las sucesivas generaciones?

El Sr. Castro, penetrado sin duda de estas razones, y estimulado por sus numerosos amigos, no ha querido dejar su obra incompleta, como no habria podido menos de suceder si omitiese una parte tan importante de la Historia de Cádiz cual es la que comprende los acaecimientos de 1820, el sitio de 1823, y otros hechos de mas interés quizá, si nó en sí mismos, por la circunstancia de haber sido presenciados por muchas de las personas que hoy existen, y cuya exactitud por tanto puede ser por muchos comprobada. En su virtud, ha principiado á publicarse esta segunda parte, avalorada ya por el mérito de la primera, y cu-

yo éxito habrá de esperarse mayor todavía que el de aquella, con haber sido tan altamente satisfactorio para su distinguido autor.

No hay que decir que á fuer de compatriotas y de especialísimos amigos suyos así se lo deseamos cordialmente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATROS.

Poco espacio nos queda para hablar hoy de ellos, y aunque en alguno no ha faltado tal cual novedad, ninguna ha sido de esas que *hacen furor*, segun decimos hoy.

El Principal amaga con *La loca de Edimburgo*, que está al caer á la fecha en que esto escribimos. Entre tanto la Srta. Alvarez y el Sr. Sanchez Albarran se han hecho aplaudir de un modo estrepitoso en *El amor y el interés*, comedia superiormente egecutada. El favor del público continúa prodigándose á la Sra. Soleira y á la Srta. García, muy dignas de él ambas, y la llegada del Sr. Carratalá ha sido tambien de buen agüero para la empresa en sus tareas veraniegas.

El Balon ha estado mas pródigo en novedades. Díonos dias pasados por via de desayuno una pieza titulada *Mancho, piso y quemio*, que no se perderia nada en aplicarle la última parte de su título. Es cosa detestable. Allí se mencionan dos cenas particulares habidas en dos cuartos reservados de una fonda, habiendo tenido lugar la una entre un marido machucho y una pelandusca, y la otra entre la joven esposa del tal y un primo oficialito. La llegada á la casa de ambos cónyuges del mozo que á una y á otra pareja sirvió en aquella noche de inocente desahogo, el cual mozo viene á solicitar acomodo, perturba por un momento la tranquilidad doméstica, temiendo ambos que hable; pero el tal mozo, acostumbrado á semejantes lances, no recuerda una palabra, y la pieza se acaba sin otra razon para que se acabe, sino el haber durado lo bastante.

Esperamos oir mas á esta compañía en sus funciones nuevas para ocuparnos de ellas; cosa que hasta ahora no nos ha sido posible hacer. Entre tanto diremos que la mayor parte de los actores y cantantes, son ya antiguos conocidos. Distingúense la Srta. Imperial y los Sres. Santes y Escriu. Caballero no pierde allí su partido de otro tiempo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ALARCON.

Si el descubrimiento de América no hubiese traído al mundo mas ventajas que la de que un hijo inmortal de aquel virgen suelo, el sublime autor de *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa* viniese desde el fondo de sus selvas seculares á imprimir al teatro el sello de su genio filosófico, todavia tendria la Europa mas que suficiente motivo para estar obligada á nuestra España por haber lanzado á la mar sus carabelas en busca de la region incógnita; todavia deberia elevar estatuas al marino genovés por haber soñado en Catay; todavia el precio de las joyas de Isabel la Católica habria producido cuantiosísimo rédito para la humanidad.

La alborada del teatro español, el mas grande y magnífico de cuantos nacion alguna tiene, comenzaba á lucir en el horizonte literario. A las fuerzas del ingenioso Lope de Rueda y demás *maestros de hacer comedias*, á las fábulas informes de Torres Naharro, mal apreciadas y peor conocidas, sucedian las galanas y poéticas creaciones del fénix de los ingenios, las tiernas á la par que picarescas comedias de Tirso de Molina, los robustos dramas de don Guillen de Castro, el autor de *Las mocedades del Cid*, que traducido al francés dió á la Francia su *Corneille* y á la escena europea la tragedia moderna, y las obras de otros cien poetas que aun mas que entonces se miran hoy con respeto y admiracion.

Nunca teatro en el mundo fué mas rico, mas poderoso, mas lleno de preciosas galas. Los laureles de los trovadores españoles y de los autores del Romancero, magnífica epopeya que en el orbe no tiene rival, reverdecian como por encanto en las sienas de nuestros poetas dramáticos, de esos poetas que con un genio y una voluntad, que apenas se comprende que hayan podido existir, hacian crecer y desarrollarse en pocos años un teatro, cuya cuna mecieron ellos mismos, un teatro tan grande, que á pesar del sello de nacionalidad que no pudieron menos de imprimirle, y que forma sin duda su carácter distintivo, se esparcia por toda Europa con la velocidad del rayo, y que todas las naciones, por lejano de sus costumbres y de sus creencias que estuviesen, se apresuraban á admitir como á hijo, como si en su suelo hubiese visto su luz primera.

El inagotable raudal de poesía que aquellas imaginaciones frescas, lozanas y vírgenes brotaban en cada instante, el romancesco mundo de amor que crearon, parecian destinados á avasallar para siempre el teatro. Nada podia concebirse de mas bello, de mas encantador, de mas sublime. El teatro romántico parecia haber llegado á su apogeo; y si algun erudito sacaba á relucir el clasicismo griego y romano, las comedias y tragedias de los antiguos quedaban inmediatamente escondidas bajo la nube de flores que el moderno drama arrojaba sobre ellas. Nuestros galanos novelistas dramáticos, que esto y no otra cosa eran, sin necesidad de vencer á un enemigo que no se presentaba, eran los reyes absolutos de la escena; y la poderosa monarquía española, cuyo predominio político y guerrero comenzaba á vacilar bajo el imperio de los Felipes, debía á sus inspirados poetas un predominio mas sólido y verdadero que el que dan las armas y las notas diplomáticas, el predominio de los corazones.

Nunca poetas fueron mas aplaudidos y admirados. Descendientes por línea recta de los autores del ro-

mancero, como ellos ansiosos de gloria y popularidad, mas ingeniosos y sensibles que pensadores, escribiendo para una sociedad llena de creencias y de fantasía, sociedad que se balanceaba entre el crepúsculo matutino de la edad moderna y el vespertino de la edad media, mas que á la razon se dirigian, acaso por instinto, á la imaginacion y al sentimiento. Los tiempos en que Moreto habia de decir

Pues toda la poesía
¿Qué es sino filosofía?

parecian separados por una eternidad de los que rápidamente vamos recorriendo. Los amores, las empresas caballerescas, los lances extraordinarios, las creencias por absurdas que fueran, todo lo que por fantástico, por poético ó por extravagante podia hallar á imaginaciones acaloradas ó á pechos ansiosos de emociones nuevas: hé aquí el fundamento de todas sus obras. Aquella generacion á quien el movimiento que la mano de Dios ha impreso á las sociedades, impulsaba hácia adelante, pesados de lanzarse al mundo positivo, que no sin otros encantos, ante sus ojos veia, ó fatigada del viaje, se sentaba en la frontera de la edad media para aspirar con delicia infinita las últimas ráfagas de viento que impregnadas de su misterioso perfume exhalaba la edad media en su larga y dolorosa agonía.

El triunfo de Cervantes no se anunciaba aun mas que por una ligera escaramuza. *El ingenioso Hidalgo* que con sus grotescas aventuras habia de matar mas adelante el espíritu caballeresco, no era entonces sino un tipo vulgar, un retrato, aunque caricaturado, de la mayor parte de los caballeros de la época. El Quijote solo significaba, valiéndonos de un dicho célebre, un libro de caballería mas. Los que se reian de las aventuras del Hidalgo manchego, estaban muy distantes de creer que se reian de si mismos, de su época tan admirablemente parodiada por el Manco inmortal, de todo en fin lo que les rodeaba ó tenia relacion con ellos.

En época semejante no podia exigirse al autor dramático, que por otra parte no tenia inconveniente en confesar por boca de Lope que escribia para el vulgo porque lo pagaba y era justo, que hiciera lugar en el teatro al desarrollo de grandes pensamientos sociales. Un galán caballeresco, una dama bella, discreta y enamorada, un criado astuto, cobarde y decididor, un anciano noble y sencillez y una criada parlanchina, traviesa y desenvuelta, hé aquí los únicos caracteres que salva alguna ligerísima excepcion, se hallan en aquel inmenso cuanto riquísimo repertorio. Un enredo de amores ó una accion heroica, presentada sin embargo en la forma ya universalmente aceptada, hé aquí el eterno asunto de todas aquellas obras, que sin embargo son originalísimas y en un todo desemejantes unas de las otras. Para acabar, y esto explica el rápido desarrollo de nuestro teatro: la poesía nacional primitiva cambió de repente de forma; el romance lírico se convirtió en romance dramático, sin perder nada de su belleza ni de su carácter eminentemente español. Nuestros cuentos, nuestras supersticiones, nuestras crónicas añejas, nuestros héroes históricos ó tradicionales, la España poética entera se trasladó al teatro reasumiendo en él toda su literatura, con leves excepciones como antes la habia absorbido en el Romancero. Por eso nuestra patria no tuvo al principio mas que romances, por eso despues no ha tenido mas que comedias.

Esto es, á nuestro juicio, el teatro antiguo español propiamente dicho: no el primer rayo del sol nacen-

te de una civilización nueva, sino el último destello, grande y esplendoroso como todas las postreras llamadas, de una civilización que muere. Como aquella generación se resistía á entrar en la nueva senda que la Providencia abría ante sus asombrados ojos, Lope, resumen de nuestro teatro antiguo, luchando como la sociedad en que vive por sostener el espíritu poético y caballeresco de aquella sociedad, lleva su haz de leña á la hoguera del fuego sagrado, y triunfando por el pronto de Cervantes, que acaso sin saberlo, pretende apagarla, consigue sostenerla algun tiempo; y cuando por fin el impulso es tan violento que nada es bastante á resistirlo, la leña que ha alimentado el fuego queda, á pesar de que la llama desaparece casi por entero, para seguir lanzando, aun en pleno siglo decimonono, resplandecientes chispas que brillan de vez en cuando, porque hay cosas que Dios no quiere que sucedan, y una de ellas es que España, la nación de las tradiciones y de la poesía meridional, deje de tener algo de lo que tuvo. Un español lleva siempre algo de otro español, aun cuando entre ellos medien veinte siglos.

Pero hablando de nuestro hermoso y desgraciado país, nos olvidamos del objeto principal á que van encaminados estos renglones, y eso que pocas veces sale de nuestra memoria la del sublime y desventurado don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, el filósofo dramático que no vacilamos en llamar príncipe de los poetas españoles, sin que esto signifique que no creamos digno al gran Calderon de empuñar el cetro que una multitud de generaciones prosternadas ante su inmenso genio han colocado en sus manos.

Poco mas de un siglo despues que las carabelas de Cristóbal Colon partieron para cruzar el Atlántico en busca de un mundo desconocido, una galera española partiendo de la tierra conquistada por Hernan Cortés, donde aun estaban frescos los recuerdos de Motezuma y Guatimozin, caminaba á toda vela hácia la madre patria por el sendero que á través de las ondas bravías dejó marcado el genio del piloto genovés.

Si los pensamientos tuvieran peso como las cosas materiales, y á medida de su magnitud fueran graves, la galera española no hubiera llegado nunca á la deliciosa Cádiz ni á la risueña Sanlúcar: el fondo de la mar la sepultara no bien saliera de Vera-Cruz, que á bordo de ella venia Alarcon.

Si Alarcon hubiera sido un poeta de la naturaleza, quizás nunca Europa supiera su existencia. Para cantar á Dios y á la creacion, para cantar las flores y los pájaros, los torrentes y las selvas, el mar y los volcanes, todo en fin cuanto de grande y espléndido presenta á los ojos del hombre el mundo en su estado primitivo, mas que la cansada tierra europea le hubiera inspirado el suelo virgen de América. Entre España decrepita y Méjico lleno de vida no era dudosa la eleccion. Alarcon no habria venido á Europa nunca, y sus cantos divinos se hubieran perdido entre el vago y magestuoso concierto que aquellos bosques, no pisados aun por planta de hombre civilizado, elevaban cumpliendo su misterioso destino al Dios que los crió.

Pero, afortunadamente para nosotros, ya que no para él, el autor de *Todo es ventura!* era el poeta del corazon, el filósofo poético por excelencia; y la voz de su destino á la que hombre alguno puede resistir le gritó: "Vuela á Europa, y estudia las sociedades, y disea con el escalpelo de tu inteligencia los corazones, y escribe lo que veas, y déjalo para que aprendan los que vengan tras de tí;" y Alarcon obedeció aquella voz, y dejando el suelo en que se me-

ció su cuna y donde acaso estaba la tumba de su madre, vino á Europa y estudió las sociedades, y disea con el escalpelo de su inteligencia los corazones, y escribió cuanto sus ojos de lince descubrieron, y nos lo dejó para que aprendiéramos los que detrás de él hemos venido.

En cambio del rico presente que la *Nueva España* envió á la España vieja hace dos siglos y medio, hoy la madre, ansiosa de satisfacer su deuda, envia á la hija otro presente no menos rico. Zorrilla, el moderno Calderon, canta en Méjico *La flor de los recuerdos*, y entona al compás de la guitarra andaluza que robó á los moros de Granada, dulces serenatas á las hijas de las españolas. Las revueltas olas del seno mejicano envian entre los bramidos del Atlántico la siempre grata armonía de los cantares de nuestro trovador vagamundo con todo el misterioso encanto de una música nocturna.

La deuda está pagada, que hemos mandado á nuestros hermanos de allende los mares lo mejor que tenemos. Dios haga que su canto, sofocado por el bullicio de París, salga de su boca libre, salvaje y sonoro en esa hermosa tierra de Heredia, de Plácido y de Echevarría. Si mi voz llega hasta tí, oh poeta, aunque mi nombre te será desconocido, que perteneciente á la nueva generación literaria solo hace tres años que se lo dijeron al público desde el tablado de un teatro, no desdénese mi saludo.

Desde el momento en que Alarcon puso el pié en tierra española, puede decirse que empezó á alborear una literatura nueva; el teatro moderno, síntesis de la literatura de esta época.

El gran poeta, como todos los genios, no siguió el rumbo que el público de entonces le trazaba. Con la idea mas alta, adivinando el espíritu de los futuros siglos, con la vista en el porvenir, desdeñando una gloria pasajera de que puede gozar la mas diminuta medianía, con tal que aprenda el arte de adular los caprichos de sus contemporáneos, lanzóse con planta segura y voluntad de hierro en el camino que de antemano se habia trazado.

Traia al mundo una mision reformadora, y como todos los primeros apóstoles de una doctrina sana y benéfica, solo alcanzó por premio á sus afanes la palma del martirio.

Comprendiendo que el teatro era algo mas que un entretenimiento, y que el poeta dramático podia y debia ser un sacerdote de las costumbres, hizo de la escena púlpito á la vez que cátedra, y una vez en ella colocado, tuvo el valor suficiente para echar en cara con voz entera á los mismos que lo habian de escuchar, sus vicios y sus virtudes.

Al teatro solo se iba por diversion: nuestro gran poeta adivinó que podia irse por enseñanza y acaso por arrepentimiento, por un consejo saludable, por una leccion en cabeza ajena que apartase á muchos de un mal camino.

Al reinado de la fantasía y del sentimiento queria añadir, y acaso adelantar, el reinado de la razon; queria que los versos no fuesen solo discretas y lozanas descripciones ó sentidas quejas sino lecciones de moral, máximas que aprendidas sin sentir, viniesen un dia á formar reglas de conducta para los espectadores; queria en fin que la comedia se escribiese por algo y para algo, que fuera el ejemplo práctico de una verdad útil, y que todas y cada una de las situaciones condujesen á este resultado; queria en fin lo que mucho tiempo despues se ha proclamado como condicion indispensable para que sea buena una obra dramática, y queria que todo esto se hiciera conservando al

teatro todas las galas de que los poetas sus antecesores lo habían adornado.

La revolucion teatral que en su mente revolvió era completa: el teatro de la edad moderna sustituyendo al de la edad media, trasformaba por completo la faz del mundo escénico.

Esta idea desenvuelta por un solo hombre, que tenía que luchar con los poetas mas grandes y fecundos que ha tenido España, era una empresa loca y temeraria que solo podia emprender un creyente ó un desesperado.

Si el sublime jorobado se hubiera hallado en el último de estos casos, tiempo era de guerra, y nunca en tiempos tales falta una pelota de plomo que acabe dignamente con un caballero, dado caso de que en Madrid no hubiera, que sí había, una espada desnuda detrás de cada esquina, y un santo al lado de la espada, que podia servir á la vez para alumbrar con su farolillo el combate, y para que á él se encomendasen á la hora de morir el que forzaba el paso atrevido ó el que valiente tenia cerrado á todos el de la calle.

¡Era mucha córte aquella del buen rey Felipe, de grata memoria, para esto de danzas de dagas y de espadas!

No, Alarcon no estaba desesperado, puesto que murió en la cama. Era un creyente.

LUIS DE EGUILAZ.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII,
POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONTINUACION.)

—¿Qué motivos tienes para dudarle? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar; no te ha querido nunca: si te hubiera amado, si tuviera corazon de hombre, ¿te hallarias tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava, (añadió con un entusiasmo que amedrentaba), el duque de Froya, enemigo despreciador constante de tu raza, el duque de Froya, que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque de Froya, tu amo, que jamás ha mentido y que jamás ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama y te pide tu amor.

—Ah! señor, señor, qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava, pero me he criado libre, y sé lo que manda la fé en que me he criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

—Si hay crimen aquí, mio es tan solo y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mia.

—Jamás.

—¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh! comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus piés mil amantes, ninguno debiera

darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todas las he desairado; un talento y una virtud comunes no son para mí: yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente y superar sin embargo tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar á que te respetaran tus compañeras, tu señora, y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales como yo lo conozco: no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo como mereces.

—¡Oh, señor, cuánto te debo! ¡qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creia feroz, insensible: ¡oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis mismos ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable, cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesion mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

—Mira, Floriana, mi carácter es adusto y silvestre, mis gobernados tiemblan delante de mí; colócate tú entre ellos y mi persona, sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades; aborrezco á tu pueblo, pero adoro tus gracias; sirve á los tuyos mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento *juras* (1), único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

—No.

—Floriana, acabemos. ¿Recesvinto vale mas que yo en prendas del alma?

—Quizá no.

—¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

—No.

—Mas valeroso y constante, de seguro que no; tú no lo sabrás, pero lo sabe España, puedo decirlo.

—Y yo lo creo.

—¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

—¡He sido su esposa!

—¡Floriana! ¡Floriana! exclamó aquí arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasión el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya; tenía la majestad del león que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitada, recogiendo con fuerza las riendas de su razón que se extraviaba, dijo al duque

(1) No tengo noticia de que se usase este casamiento entre los godos, pero así dice el manuscrito latino, del que se hablará al fin de la leyenda.

con inefable dulzura, y arrasados los ojos de lágrimas:

—Señor, el día que con la faja blanca y roja me enlazaron á Recesvinto, le prometí no ser nunca de otro aunque le sobreviviera: él me ofreció lo mismo y no lo ha cumplido: yo no quebrantaré mi palabra.

—Tú has querido tu pérdida, gritó entonces el godo rugiendo como un tigre. Asió entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada que subía serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana al desaparecer en la espesura dos ó tres gritos de angustia que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya expresion era indefinible: un momento despues salió corriendo Floriana de entre los árboles á la senda: entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento despues apareció Froya retirándose hácia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental: los cabos del turbante, revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana, que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unian por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

—Piedad! exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás, y asió de la mano á Floriana.

—Suéltame, quien quiera que fueres, dijo Floriana á su libertador; yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

—Déjala venir conmigo si quieres, juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche, Froya y su esclava, que habian caminado en un profundo silencio, subian la cuesta de Segobriga; el casco romano del duque habia quedado en el sitio de la refriega.

Nada particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segobriga. Situada la ciudad en un alto, situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del duque, desde sus azoteas se descubrían, mirando hácia el Mediodía, los cerros que cercaban el valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y de su padre. Allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué sería de

la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana despues del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué sería de los fieles Nebridio y Laureano? ¿Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! y ¡si hubieran sabido su suerte! ¡oh! entonces Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada al valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni la buscaba ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas pocas palabras: "He querido hacerte mi esposa; has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora." No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme á este supuesto. Mas aquella indiferencia era una capa de nieve que cubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segobriga, y otros se mantenían esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambición y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazón de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segobriga Teodosinda.

—Venganza! fué la primera palabra que dijo á su hermano. Me han injuriado cruelmente: vengame.

—¿Qué injuria te han hecho?

—Sabes que por consejo ó mas bien por orden del rey escribí una carta á su hijo.

Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

—Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

—Dímela lisa y llanamente y escuso de figurarme nada.

—Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en escarmentar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, á minar el trono de Flavio, y guardemos un profundo silencio sobre las noticias que nos comunica.

—Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí me debe quizá el haberse ceñido la corona: á mí me deberá tambien su caída. Flavio es un usurpador.

—Es un ingrato.

—Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

—Optime y escarnece á los que le han servido.

—Es un monstruo sanguinario. A fuerza de su-

plicios no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

—Es un instrumento ciego de la ambición y rapacidad. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veinte y siete reyes llevamos los godos desde Ataulfo, no contando al que hoy reina; de estos entre asesinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á este número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

—Sí, sí: tú estás llamado á ser rey.

—Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

—Y á mí. A eso vengo á Segobriga: los medios de llevar á cabo la insurrección quedan á tu cuidado: al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

—¿Para qué?

—¿Puedes dudarle? Para quitarla la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

—Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado, de ese yo te vengaré.

—Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

—Es que yo no quiero que muera Floriana.

—¿Qué venganza es la mía si no me libro de una rival?

—¿Y cómo puedo yo ocupar el trono si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mía. ¿O quieres, si me apodero de su persona que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

—¿Pues con qué objeto pretendes conservar la vida á Floriana?

—Con el de tenerla por esposa, no, porque no puedo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿es lo mismo un godo que una romana? Á ella no le envilece esa pena y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirme á un hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas después de haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. ¡Oh! dijo sin embargo para sí: mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un doméstico que avisó á Froya de que tenía que hablar con el verdugo Sisberto.

—Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato. Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atención en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo ó inspector de aquel castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacia

el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta carrera la suerte contraria.

Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la doncella, cuyo nombre era Centola; el padre aprobaba la inclinación del hijo; ella recibía de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano pidió al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo.

El gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano físico que la habia educado, falleció de pesadumbre: júzguese cual seria la de su hijo. Dió á luz una niña Centola un año después de su conocimiento con el gobernador de Valeria: nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Escusóse Sisberto, confesando francamente que aborrecía tanto á la madre después de su perfidia y envilecimiento (tales fueron sus palabras á la verdad poco prudentes), que temía no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del culpable trato.

El gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de estimar esta confesion ingenua, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija: Sisberto hubo de ceder y por males de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el gobernador puso acusacion al físico haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, segun la ley, debia ser puesto á disposicion de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio: Sisberto lo negaba y no podia probarsele; el gobernador discurrió un tormento inusitado para satisfacer su ira; mandó encerrar á Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de escaparse, y prohibió, con pena de la vida, que se le proporcionase abrigo ninguno.

Era esto en medio de un invierno horroroso en que á una fuerte nevada sucedían agudísimos yelos, y cuando aflojaba el frio del yelo volvía á caer nieve: el gobernador decia mofándose, que no se podia guardar mas estrictamente al físico su prerrogativa: la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel, y cierto que no era cárcel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que puede haber en aquella region destemplada, Sisberto, arreído, desesperado, hinchadas todas sus extremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida: el gobernador, alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes ó semejantes ra-

zones: "De envilecida has tratado á la muger que honro con mi cariño: si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi combleza, tú que la has injuriado, has de servirme de verdugo." Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado del don de la profecía, dicen que respondió sin detenerse: "Monstruos como tú y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, es imposible que no encontréis al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo que me ofreces ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un día á parar á mis manos." Rióse descaradamente el gobernador; mandó abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo á realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un gobernador tan inhumano subsistiese en su puesto: incurrió además en el crimen de traición, y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él había creado.

Centola, abandonada del gobernador, se abandonó á todos: el conde ó gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió 300 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mundana reincidente debe el conde de la ciudad entregarla por esclava á un hombre de ínfimo estado, Sisberto, despues de ejecutada públicamente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo gobernador que se la diese á él como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar á ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debia tambien, con arreglo á la ley, salir desterrada: otorgó el conde la súplica, y Sisberto vino á establecerse en Segobriga, donde se casó con Centola, la cual, desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de morir, no de enfermedad, no de desesperacion ni de vergüenza, sino puramente de miedo.

Sisberto cumplió siempre con puntualidad las terribles obligaciones de su empleo, las cuales sin embargo nunca le obligaron á teñir de sangre el cuchillo merced á la sabia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte: con todo, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un esclavo ó un pobre, y sentia una ruin complacencia en el castigo de un reo de superior gerarquía; por lo menos es cierto que aborrecia á los condes inhumanos y á las mugeres orgullosas. Curaba, empero con humanidad á sus victimas, era hábil en la composicion de venenos, y los condes de Segobriga le solian emplear para sonsacar á los esclavos y gente humilde, entre quienes su presencia producía el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permaneciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: "¡Mira no vengas á parar á mis manos!"

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que desde las cárceles

del castillo, donde tenia su habitacion, subia la *verduga* á la torre que habitaba Teodosinda, tenían Froya y Sisberto un diálogo así:

—En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quien es.

—Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

—El príncipe es.

—¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

—Entré.

—¿Sin que te viera nadie?

—Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará olvidarse de que me vió; en fin, callará.

—¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

—Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

—En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

La muerte de los grandes hombres ha sido sensible en todos tiempos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



EL NO me

EL F T Junio

